

la noche. Sin embargo, Napoleón juzgó de otra suerte. Le pareció que este rodeo sería muy largo, que se ejecutaría por entre bosques muy espesos, muy oscuros; que durante algunas horas el ejército estaría cortado en dos porciones muy distantes una de otra, y sobre todo que el efecto tan decisivo de la maniobra sería, por sus mismas ventajas, un inconveniente grave, pues viéndose los rusos cogidos así por la vuelta, quizá levantarían el campo, y con ellos se huiría otra vez la ocasión tan deseada de una batalla; que era preferible pagarla con más sangre, á tal de tenerla, que consumirse indefinidamente corriendo por alcanzarla; que, á mayor abundamiento, se ejecutaría la propuesta maniobra, si bien más de cerca con menos azares, pasando entre los reductos y el linde del bosque con dos ó tres divisiones del mariscal Davout y no arriesgando en la espesura de los bosques más que el cuerpo del príncipe Poniatowski, y que de este modo se tendrían todas las ventajas de la idea propuesta sin ninguno de sus inconvenientes.

Tal fué el sentir de Napoleón sobre lo que el mariscal Davout propuso. ¿Quién se atreve á fallar entre semejantes contradictores, después de transcurrido medio siglo, lejos de los lugares y de las circunstancias? Sea como quiera, habiendo fijado Napoleón su plan irrevocablemente, distribuyó su tarea á cada uno de sus lugartenientes del modo que sigue.

El príncipe Eugenio, que desde Esmolensko había formado siempre la izquierda del ejército, fué el único encargado de operar á la izquierda de Kolocza, y aun tuvo instrucciones para no hacerlo por este lado sino con la menor porción de fuerzas. Debíó dejar su caballería ligera y la guardia italiana delante de las alturas que hacían inaccesibles su escarpe y el Kolocza, y prescribiósele que con la división francesa de Delzóns ejecutara un vivo ataque sobre Borodino y lo tomara, y cruzara el puente del Kolocza, no empeñándose más lejos y situando sobre el mismo Borodino una fuerte batería que cogiera de flanco el gran reducto ruso. Con la división francesa de Broussier y dos de las divisiones del mariscal Davout, que se le confiaban durante el día, las de Morand y Gudin, había de atacar á fondo el gran reducto y de ganarlo á toda costa. El mariscal Ney, con las dos divisiones francesas de Ledrú y de Razout, con la división wurtemberguesa de Marchand y los westfalianos de Junot, debía asaltar de frente el segundo montecillo y las tres flechas, que el mariscal Davout tenía orden de atacar de flanco por el linde de los bosques con las divisiones de Compans y de Dessaix. Finalmente, el príncipe Poniatowski, lanzado como niño perdido á la espesura de los bosques, debía tratar de coger la vuelta de la posición de los rusos desembarcando por el antiguo camino de Moscou sobre Outitza.

Los tres cuerpos de caballería de Nansouty, de Montbrún y de Latour-Maubourg recibieron instrucciones para mantenerse el primero detrás del mariscal Davout, el segundo detrás del mariscal Ney, y finalmente el tercero en reserva. Pasado el borde de las alturas, se iban á encontrar sobre mesetas muy practicables para la caballería, y aprovechándolas ésta, debía llevar á remate la derrota del enemigo. El cuerpo del general Grouchy continuó agregado al virrey.

Detrás y en reserva fueron colocadas la división de Friant y la guardia imperial, para operar según lo requi-

erian las circunstancias. Queriendo Napoleón contrabater los reductos de los rusos, hizo construir tres baterías con espolones de tierra, una hacia nuestra derecha y delante de las tres flechas, otra hacia nuestro centro y delante del gran reducto, y la tercera hacia nuestra izquierda y delante de Borodino.

Cien bocas de fuego, sacadas principalmente de la reserva de la guardia, estaban destinadas al armamento de estas baterías. Para que el enemigo no penetrara el secreto de su plan de ataque, resolvió Napoleón que el ejército pasara todo el día 6 en las mismas posiciones ocupadas el día antes. Nadie debía de tomar su puesto en la línea de batalla hasta la madrugada del 7 y exactamente al despuntar el alba. Para facilitar las comunicaciones, los generales Eblé y Chasseloup habían construído sobre el Kolocza cinco ó seis puentecillos de caballetes, que permitían pasarlo por los puntos más importantes sin bajar á su lecho fangoso y encajonado. Como cada cual se pudo proporcionar víveres con el merodeo de la antevíspera, nadie estaba autorizado para alejarse de las filas. Descontando los hombres perdidos en el camino de Esmolensko, ascendía el ejército á cerca de ciento veintisiete mil combatientes, presentes en realidad bajo banderas, todos animados de una confianza y de un ardimiento extraordinarios, y provistos de quinientas ochenta bocas de fuego.

Por su parte el ejército ruso estaba apercebido á una tenaz resistencia y determinado á no ceder el terreno sino cuando estuviera casi destruído. El general Kutusoff, elevado á la categoría de príncipe en premio de los servicios prestados recientemente en Turquía, tenía por jefe de estado mayor al general Benningsen y por cuartel-maestre general al coronel Toll: este último era las más de las veces no sólo ejecutor, sino inspirador de sus resoluciones. Bajo sus órdenes seguían mandando Barclay y Bagratión, el uno el ejército del Dwina y el otro el ejército del Dnieper. Uno y otro estaban absolutamente resueltos á hacerse matar si era necesario: Barclay á impulsos de una indignación heroica de los procederes empleados en contra suya; Bagratión por patriotismo, por odio á los franceses, por compromiso contraído á la faz del ejército de sacrificar millares de rusos á trueque de inmolarse millares de enemigos. Todos los oficiales participaban de estos sentimientos: no menos que el Estado, fomentaba la aristocracia moscovita esta guerra, y estaba pronta á pagar con toda su sangre las pasiones de que se sentía animada.

Colocados estaban los rusos en el orden siguiente. A su extrema derecha, frente por frente de nuestra izquierda, detrás de Borodino, punto el menos amenazado, se hallaba el segundo cuerpo, que era el de Bagowuth, y el cuarto, que era el de Ostermann, bajo el mando superior del general Miloradowitch. Detrás estaban el primer cuerpo de caballería del general Ouvaroff, el segundo del general Korff, y algo más lejos, hacia la extrema derecha, los cosacos de Platow, vigilando las márgenes del Kolocza hasta su desagüe en el Moskowa. Los regimientos de cazadores de infantería, tanto de la guardia como de Bagowuth y de Ostermann, guardaban á Borodino. En el centro se hallaba el sexto cuerpo, que era el del general Doctoroff, apoyando su derecha en la altura de Gorki, detrás de Borodino, y su izquierda en el gran reducto. A la espalda del cuerpo

de Doctoroff estaba el tercero de caballería á las órdenes del barón de Kreutz en reemplazo del conde Pahlen, que se hallaba enfermo. Allí acababa el primer ejército y el mando del general en jefe Barclay de Tolly.

Inmediatamente comenzaba el segundo ejército y el mando del príncipe Bagratión. El séptimo cuerpo, bajo Raefskoi, apoyaba su derecha en el gran reducto y su izquierda en la incendiada aldea de Semenoffskoie. El octavo cuerpo, bajo Borosdín, tenía plegada hacia atrás su derecha, á causa de lo entrante de la línea rusa en torno de Semenoffskoie, y su izquierda establecida cerca de las tres flechas. A las órdenes de Neveroffskoi la vigésima séptima división, que había sostenido el combate de Krasnoe, cooperado á disputar á Esmolensko y defendido el reducto de Schwardins, guardaba las tres flechas citadas. Para esta jornada servía á las órdenes del príncipe Gorschakoff, con el cuarto cuerpo de caballería, mandado por el general Siewers. Numerosos batallones de cazadores de infantería llenaban los sotos y los bosques. En Outitza se hallaba apostada la milicia recién llegada de Moscou con algunos cosacos. Finalmente, muy atrás del centro y en los alrededores de Barewo, se mantenía la reserva, compuesta de la guardia, del tercer cuerpo, que era el de Touczkoff, y de una inmensa artillería de grueso calibre.

Se elevaba el ejército ruso á muy cerca de ciento cuarenta mil hombres presentes sobre las armas, de los cuales ciento veinte mil eran de tropas regulares y el resto de cosacos y de milicias de Moscou (1). A su derecha estaban las principales fuerzas de los rusos y enfrente de nuestra izquierda, cabalmente por donde no era de suponer tentativa alguna de nuestra parte, y las menores á su izquierda, y enfrente de nuestra derecha, por donde Napoleón determinaba dirigir el mayor esfuerzo. Aunque nada había éste revelado de sus designios, sin embargo la toma del reducto de Schwardino á la caída de la tarde del 5, el paso de parte de nuestras tropas á la orilla derecha del Kolocza y más que nada la naturaleza del terreno, inaccesible detrás del Kolocza, desde Borodino hasta el Moskowa, bastante accesible por el contrario hacia los montecillos coronados de obras de campaña, sobradamente manifestaban que el peligro para los rusos estaba á su izquierda, hacia Semenoffskoie, en las tres flechas y en los bosques de Outitza. Se le hizo observar así al generalísimo Kutusoff, más idóneo para dirigir sabiamente una campaña que para dar una gran batalla. No se mostró muy sensible á estas observaciones, mantuvo donde se hallaban á los cuerpos de Ostermann y de Bagowouth obstinadamente, porque aún veía el grueso del ejército francés sobre el camino nuevo de Moscou, y sólo des-

(1) Naturalmente estos cálculos han debido de variar mucho. La relación de Danilewski, hecha de orden del emperador de Rusia y para lisonjear el orgullo nacional, sin hacer caso de la verdad, reduce á ciento trece mil hombres la fuerza del ejército ruso, olvidando que entonces perdió mucha más gente de la que se quiere reconocer en Esmolensko y el Valoutina. Uno de los narradores más imparciales, el general Koffmán, testigo de vista, la calcula en ciento cuarenta mil hombres. Me parece este cálculo el más aproximado á la verdad, después de muchas comparaciones. Por lo demás, algunos miles de hombres más ó menos en nada alteran el carácter del gran suceso, y estos cálculos sólo interesan á la conciencia del historiador, que no debe aflojar un instante en sus escrúpulos y en su ardor por llegar á la verdad rigurosa.

(N. del A.)

tacó de la reserva el tercer cuerpo, que era el de Touczkoff, para situarle en Outitza. Tales fueron sus únicas disposiciones de batalla. Por lo demás, la energía de su ejército debía suplir á cuanto omitiera. Acerca de las resoluciones que hubieran de ser tomadas sobre el mismo terreno y en lo fuerte de la refriega, podía fiar en la firmeza de Barclay de Tolly y en la inspirada bravura de Bagratión.

Por una especie de consentimiento mutuo, se dejó pasar todo el día 9 sin disparar un solo tiro. Aquella fué la calma siniestra precursora de las grandes tempestades. Los franceses emplearon el día en descansar, en gozar de los víveres que habían cogido la víspera, en preparar sus armas, en amenizar los vivaques con los chistes comunes del soldado francés, el más festivo y quizá el más valiente de los soldados conocidos. Se preguntaban cuál de ellos estaría vivo al día siguiente y soltaban estrepitosas carcajadas al comer lo que habían quitado en las aldeas vecinas; pero ni uno sólo dudaba de la victoria ni de la próxima entrada en Moscou, bajo su general invencible y siempre victorioso. El amor de la gloria era la pasión que inflamaba su alma.

Un sentimiento muy distinto animaba á los rusos. Tristes, exasperados, resueltos á morir, no vinculando más que en Dios la esperanza, estaban de hinojos, en medio de mil cirios, delante de una imagen milagrosa de la Virgen de Esmolensko, salvada, según su dicho, sobre las alas de los ángeles del incendio de la ciudad sin ventura, y á la sazón llevada procesionalmente por los sacerdotes griegos á través de los vivaques del campo de Borodino. Postrados estaban los soldados, y el viejo Kutusoff que, lejos de creer en aquella Virgen, apenas creía en el Dios tan visible del universo, con el sombrero en la mano y el ojo que le quedaba fijo en tierra, seguía al frente de su estado mayor esta procesión piadosa. Se la divisaba desde nuestros vivaques á la caída de la tarde, y se la podía seguir por el rastro luminoso de los cirios.

Napoleón, bajo su tienda, contando con el espíritu militar de sus soldados para triunfar de la fe ardiente de los rusos, se ocupaba en objetos positivos del todo. Acababa de expedir sus órdenes, y se hacía dar cuenta de los menores detalles, y escuchaba con una mezcla singular de enojo y de befa la relación de la batalla de Salamanca, que le hacía el coronel Fabvier, partido de los Arapiles y llegado aquel día. Lo que hemos referido de los falsos movimientos de nuestros ejércitos en España, de la división de mando, que exponía al mariscal Marmont á los golpes de las tropas inglesas, debe hacer comprender cómo éste se vió forzado á dar y á perder una importante batalla. Napoleón, que había sido arrastrado á buscar en Rusia el desenlace que no hallaba en la península bastante pronto, después de oír al coronel Fabvier, despídióse diciendo que al día siguiente repararía á orillas del Moskowa las faltas cometidas en los Arapiles.

Llegado de París este día Mr. de Bausset, prefecto del palacio, iba á llevarle el retrato del rey de Roma, ejecutado por el ilustre pintor Gerard. Conmovido Napoleón contempló un instante las facciones de su hijo, después hizo meter el retrato en su caja, dirigió una mirada postrera á las líneas de las posiciones enemigas para asegurarse de que no pensaban en levantar el cam-

po, observó con muy viva satisfacción que se mantenían firmes, y volvió á entrar en su tienda para tomar algunos instantes de descanso.

Una calma absoluta, un silencio profundo reinaban en esta llanura, que al día siguiente debía ser teatro de la escena más horrible y ruidosa. Acabado habían las risas de nuestros soldados y los cantos piadosos de los rusos para apagarse en el sueño. Unos y otros dormían en torno de las grandes hogueras que habían encendido para resguardarse del frío de la noche y de la humedad de una menuda lluvia caída por la tarde.

A las tres de la mañana empezó por nuestra parte á empuñar las armas, y á aprovechar la niebla para pasar á la derecha del Kolocza y ocupar cada uno su puesto de combate, el príncipe Eugenio delante de Borodino y enfrente del gran reducto, debiéndose mantener á caballo sobre el Kolocza; Ney y Davout enfrente de las tres flechas, teniendo detrás la caballería, y á Friant y á la guardia de reserva hacia el centro; Poniatowski á lo lejos sobre la derecha, caminando por entre los bosques. Estos movimientos se ejecutaron silenciosamente, á fin de no llamar la atención del enemigo. Durante este tiempo los artilleros de nuestras tres grandes baterías, destinadas á contrabater las obras de los rusos, estaban junto á sus piezas, aguardando la señal que debía dar Napoleón cuando juzgara que se habían ocupado bastante bien los puestos. En pie éste desde muy temprano, pero atacado de un fuerte constipado, contraído en el vivaque, establecióse junto al reducto de Schwardino, desde donde podía ver lo que acontecía y guarecerse algún tanto contra las balas, cuyo número debía ser considerable en aquella jornada. Murat, brillante de ardimiento y de bordados, vestido con una túnica de terciopelo verde, llevando una toca de plumas y botas amarillas, ridículo si el heroísmo puede serlo, galopaba delante de las filas de sus jinetes, radiante de confianza é inspirándola con su actitud marcial á todos. Nubarrones oscurecían el cielo, y al salir el sol enfrente de nosotros y por encima de los rusos, cuyas líneas designaba á la vista, no se anunciaba más que por una tinta rojiza ampliamente marcada en el horizonte. Pronto su disco se destacó á semejanza de un globo de hierro hecho ascua, y Napoleón dijo, mirando á sus lugartenientes: «¡Ved allí el sol de Austerlitz! — ¡Ah, sí, pero cubierto de nubes!»

Una proclama corta y enérgica había guardado Napoleón para el momento de la batalla. Saliendo los capitanes de las compañías y los comandantes de los escuadrones de las filas, hicieron formar un semicírculo á sus tropas, y leyeron en alta voz aquella proclama, que fué calurosamente acogida.

Concluida la lectura y ocupadas las respectivas posiciones, á eso de las cinco y media de la mañana disparóse un cañón de la batería de la derecha. Tras esta funesta señal un ruido espantoso sucedió al más profundo silencio, y un largo rastro de fuego y de humo marcó en siniestros rasgos las líneas de las dos huestes. Habiéndose juzgado demasiado grande la distancia de la batería de la derecha, nuestros bravos artilleros salieron de sus espolones á las órdenes del general Sorbier y fueron á situarse al descubierto delante de las tres flechas que debían acribillar de proyectiles.

Mientras disparaban ciento veinte bocas de fuego

sobre las obras de los rusos, mientras por la derecha se aproximaban Davout y Ney al paso de la infantería, hacia la izquierda el príncipe Eugenio había hecho pasar el Kolocza á las dos divisiones de Morand y Gudin, dejado á la margen de este riachuelo á la división de Broussier de reserva, y trasladándose con la división de Delzóns hacia Borodino, punto donde, según se ha dicho, tuerce á la izquierda el Kolocza y cubría la derecha de los rusos hasta su desagüe en el Moskowa. Así el príncipe Eugenio debía empezar la acción por el ataque á Borodino, á fin de persuadir al enemigo de que deseábamos desembocar por el camino real de Moscou, llamado el nuevo.

Acabadas estas disposiciones, se dirigió el príncipe Eugenio con la división de Delzóns sobre la aldea de Borodino, situada delante del Kolocza y defendida por tres batallones de cazadores de la guardia imperial rusa. A la cabeza del 106 de línea penetró el general Plauzonne en lo interior de la aldea, mientras por fuera los otros regimientos de la división pasaban de derecha á izquierda. De allí expulsó el 106 á los rusos, los siguió fuera de la aldea, y empujólos vivamente sobre el puente de Kolocza, para cuya destrucción no tuvieron tiempo. Arrastrado este regimiento por su ardor, cruzó el puente y pasó más allá del Kolocza, contra las instrucciones de Napoleón, que no quería desembocar por el camino real de Moscou, y sólo había prescrito que se aparentara. Dos regimientos de cazadores rusos, el 19 y el 20, situados en este punto, hicieron un fuego repentino y tan terrible sobre las compañías del 106 aventuradas más allá del puente, que las hicieron pedazos, cogiendo y matando á todos los hombres que no se pudieron dar á la huida. Un golpe mortal recibió también el valeroso general Plauzonne. Pero viendo el 92 el peligro que corría el 106 apresuróse á ir en su socorro á las órdenes del ayudante comandante Boisserolle, se le juntó y establecióse sólidamente en Borodino á pesar de todos los esfuerzos de los rusos. Aquel punto ya no debía perderse.

Concluido este primer acto de la batalla, para acometer con las divisiones de Morand y de Gudin el gran reducto del centro, debía aguardar el príncipe Eugenio á que sobre la derecha se apoderasen de las tres flechas que cubrían la izquierda de los rusos.

Efectivamente el mariscal Davout, precedido de veinte bocas de fuego, se puso en marcha á la cabeza de las divisiones de Compans y Dessaix, y siguió á lo largo de los bosques atravesados á la sazón por Poniatowski en su espesura. Llegado al linde por caminos arduos, aproximóse á aquella de las tres flechas que estaba más á la derecha, cogiéndola por el costado para arrebatarla de pronto. Después de alejar á los tiradores enemigos, haciendo avanzar á los suyos, formó la división de Compans en columnas de ataque, y dejó la división de Dessaix de reserva, para que guardara su flanco y su espalda. Apenas estuvo la división de Compans al alcance del enemigo, acogiéndola súbitamente un fuego terrible, partido de las tres flechas y de las líneas de los granaderos de Woronzoff. Su bizarro general fué derribado de un balazo: casi todos sus oficiales quedaron heridos y las tropas sin dirección por un momento, aunque no flaquearon nada. Viéndolas el mariscal indecisas y sabiendo la causa, corrió á reemplazar al general Com-

pans, y empujó al 57 sobre la flecha de la derecha. Este regimiento entró allí á bayoneta calada y mató á los artilleros rusos sobre sus cañones; pero en el mismo instante una bala hirió al caballo del mariscal Davout y causó á éste una fuerte contusión que le privó del sentido.

Enterado al punto Napoleón de esta circunstancia, envió al mariscal Ney la orden de atacar sin demora y despachó á Murat para que reemplazara al mariscal Davout y su ayudante de campo Rapp para reemplazar al general Compans. Murat, cuyo corazón era excelente, dirigióse de prisa adonde se hallaba el mariscal su enemigo, pero le halló repuesto del primer desvanecimiento y persistiendo, á pesar de sus horrorosos dolores, en seguir á la cabeza de sus soldados. Apresuróse el rey de Nápoles á comunicar esta buena nueva al emperador, quien la recibió con satisfacción muy viva. A la sazón Ney, con la división de Ledrú al frente, la división wurtemberguesa á la espalda y la división de Razout á la izquierda, encaminóse hacia la flecha de la derecha, que acababa de conquistar el 57 y que en presencia de los granaderos de Woronzoff conservaba con gran trabajo. Allí entró personalmente con el 24 de ligeros, y se sostuvo á pesar de los esfuerzos de los granaderos citados, vueltos diversas veces á la carga. Se batieron á bayonetazos y con verdadera furia. En medio de la refriega estaba el intrépido é invulnerable Ney como un capitán de granaderos. En este instante había acudido Neveroffskoi en ayuda de los granaderos de Woronzoff con su división bizarra, y todos juntos se lanzaron sobre la disputada obra y estuvieron á punto de recuperarla. Pero Ney hizo avanzar á la división de Marchand, y desembocando con ella á derecha é izquierda de la flecha, consiguió repeler á los rusos. Al mismo tiempo envió á la división de Razout sobre la flecha de la izquierda, y vino á ser tan violento allí el combate como en la flecha de la derecha.

Viéndose amenazado por fuerzas formidables desde las primeras detonaciones de la artillería el príncipe de Bagration, opuesto á los mariscales Ney y Davout, retiró á los batallones del séptimo cuerpo, el de Raeffskoi, situado entre Semenoffskoie y el gran reducto, hizo avanzar á los granaderos de Mecklemburgo, á los coraceros de Douka, al 4.º de caballería de Siewers, y dirigió á la división de Konownitsín, que formaba parte del cuerpo de Touczkoff, sobre Outitza. Ni un instante perdió en comunicar al general en jefe Kutusoff lo que acontecía hacia su lado, á fin de que le enviara nuevos socorros.

Con ayuda de estas fuerzas reunidas afanóse lo indecible para recuperar las dos flechas, conquistadas por los franceses. Ya no se batían en las obras disputadas, demasiado estrechas para servir de campo de batalla, sino á la derecha, á la izquierda, hacia adelante, empleando ora el fuego de fusilería, ora las cargas á la bayoneta. Ocupando Ney la flecha de la derecha con la división de Ledrú y la de Compans, que Davout le había devuelto, no había podido trasladarse á la flecha de la izquierda, acometida y ganada por la división de Razout. Como los refuerzos de los rusos se dirigían en masa sobre ésta, la arrebataron y repelieron á los soldados franceses. Hasta el borde de la meseta sobre la cual se elevaban las tres flechas, les hicieron retroceder los

coraceros de Douka. Afortunadamente Murat, enviado por Napoleón hacia este punto para juzgar el momento en que podría maniobrar la caballería, llegaba al galope, seguido sólo por los jinetes ligeros del general Bruyere. A la vista de nuestros soldados en retirada y casi en derrota, echa pie á tierra, los junta y los lleva adelante. Después de volverlos á poner en línea, les manda hacer muy de cerca fuego mortífero contra los coraceros de Douka, luego lanza sobre ellos la caballería de Bruyere y consigue así barrer el terreno. De seguida hace tocar á carga, y espada en mano, guía personalmente á los soldados de Razout á la posición evacuada. Se vuelve á entrar allí con furia, se mata á los artilleros rusos sobre sus cañones, y otra vez se gana la posición para no perderla. Durante estas proezas de Murat, no teniendo Ney á la mano más que la caballería wurtemberguesa del general Beurmán, la lanza sobre las líneas de Neveroffskoie y de Woronzoff, las atropella unas sobre otras y las obliga á replegarse.

Merced á estos actos vigorosos, acababa de restablecerse el combate en ambos puntos. Tomando Murat hacia este lado, de acuerdo con Ney, la dirección de la batalla, ordenó al general Nansouty superar todos los obstáculos del terreno, trepar las pendientes erizadas de maleza, é ir á situarse á la derecha de las obras ganadas, porque más allá se tenía delante una especie de llanura ligeramente inclinada hacia los rusos, y allí podía prestar la caballería grandes servicios; disponiendo ahora Ney de las divisiones de Compans y de Dessaix, que ya no podía guiar Davout á pesar de su insistencia en permanecer en el fuego, las condujo hacia la derecha. Allí juntó los westfalianos, que tenía á la espalda, y trató de alargar la mano al príncipe Poniatowski, cuya artillería se empezaba á oír por entre los bosques de Outitza.

De esta suerte se ganó terreno extendiéndose oblicuamente á la derecha. Dueños de las alturas, ya teníamos sobre los rusos la ventaja de los fuegos de arriba abajo, y con presteza se puso en línea, no sólo la artillería de todos los cuerpos, sino también la de reserva, que al principio de la acción situóse en nuestras baterías de tierra. Menos bien dirigidos eran los fuegos con que nos respondieron los rusos, pero igualmente nutridos, y muy en breve hacia este lado se hizo espantoso el cañoneo. Mientras se seguía el avance, Ney por la derecha, Murat por la izquierda, se aproximaron al barranco de Semenoffskoie, y rebasaron la tercera flecha, que formaba hacia atrás una vuelta, con lo que naturalmente cayó en nuestras manos; pero en posición semejante, del todo nos hallábamos bajo los fuegos de la aldea de Semenoffskoie, bajo los del cuerpo de Raeffskoi, que ocupaba el lado opuesto del barranco y se extendía desde la aldea de Semenoffskoie hasta el gran reducto.

Murat y sus tropas sufrían mucho de resultas. No teniendo infantería á la mano y descubriendo que por allí el barranco de Semenoffskoie era poco hondo, hizo que su jefe de estado mayor Belliard trajera la caballería de Latour-Maubourg, le ordenó cruzar el barranco, cargar á la infantería rusa, quitarla sus cañones, y volverse en el caso de juzgar imposible la conservación de aquel puesto. Para ayudarle en tan peligrosa empresa, reunió toda la artillería montada, agregada comunmen-

te á la caballería, y la situó al borde del barranco, de modo de proteger á nuestros escuadrones.

Obedeciendo Latour-Maubourg la señal de Murat, bajó con los coraceros sajones y westfalianos al barranco de Semenoffskoie, remontó el lado opuesto, cayó sobre la infantería rusa, rompió dos de sus cuadros y forzóla á replegarse. Pero después de alejarla, se vió obligado á tomar la vuelta para no quedar solo y expuesto á todos los golpes del ejército ruso.

Mientras pasaban estos sucesos delante y á la derecha de las tres flechas, á la izquierda el príncipe Eugenio, habiendo hecho cruzar desde por la mañana á las divisiones de Morand y de Gudin el Kolocza, dirigió la división de Morand sobre el gran reducto y dejó la de Gudin al pie de la obra, con la intención de economizar sus recursos. Guiada la división de Morand por su jefe, trepó al paso al montecillo coronado por el formidable reducto y aguantó con admirable sangre fría el fuego de ochenta cañones. Marchando esta heroica división por medio de una nube de humo, que apenas permitía al enemigo descubrirla, llegó muy cerca del reducto, y cuando ya estaba á alcance de acometerlo, el general Bonamy á la cabeza del 3.º de línea lanzóse allí á la bayoneta y se apoderó de él, matando ó ahuyentando á los rusos que estaban á su custodia. Desembocando entonces toda la división á derecha é izquierda, rechazó á la división de Paskewitch del cuerpo de Raeffskoi, el cual se hallaba así arrollado de una parte por Morand y de otra por los coraceros de Latour-Maubourg.

Decisivo era el instante y la batalla podía ser ganada con resultados muy grandes, aunque apenas eran las diez de la mañana. Efectivamente, en el centro estaba tomado el gran reducto; á la derecha también se hallaban ganadas las tres flechas, y se dirigía hacia la aldea de Semenoffskoie un vigoroso esfuerzo; pasando con fuerza bastante el barranco que Latour-Maubourg acababa de pasar á la aventura, y era incapaz de defender el destruído cuerpo de Raeffskoi, se podía abrir un hondo agujero en la línea enemiga y penetrar allí como un torrente, yendo hasta Gorki, más allá de Borodino, y encerrar el centro y la derecha del ejército ruso, que á la sazón no hacían nada, en el ángulo formado por el Kolocza y el Moscow.

Desde donde Murat y Ney se hallaban situados, es decir, desde el borde del barranco de Semenoffskoie, donde formaban un ángulo entrante en la línea rusa, veían hacia atrás los cuerpos de Doctoroff, de Bagowouth y de Ostermann; veían los parques y los bagajes del ejército ruso, agrupados sobre el camino nuevo de Moscou, que comenzaban á emprender la retirada, y ardían en impaciencia al aspecto de tantos resultados posibles, casi ciertos, que se podían obtener en media hora, pero que en media hora también se podían perder para siempre.

Desgraciadamente ni estaba allí Napoleón ni aquél era su puesto, fuerza es confesarlo, porque allí habían ya sucumbido veinte generales y coroneles. Milagro era que Ney y Murat estuviesen en pie todavía, y fuera poco sensato hacer que de una bala dependiera la suerte del ejército y del imperio. Se hallaba en Schwardino, donde también pasaban no pocos proyectiles, y desde donde descubriría mejor el conjunto de la batalla. Murat y Ney le enviaron á pedir por conducto del general

Belliard todos los refuerzos que tuviera disponibles, inclusa la guardia, si no tenía otro recurso, porque si se les dejaba obrar libremente, en menos de una hora le ganarían más trofeos que había conquistado en ningún campo de batalla.

Habiéndose trasladado Belliard á Schwardino, halló á Napoleón, á quien fatigaba un fuerte constipado, con menos ánimos que sus lugartenientes, menos convencido de que tan pronto se pudiera ganar la batalla. Le parecía extraordinariamente prematuro que se le hicieran dar sus reservas á las diez de la mañana. Desde Schwardino no podía descubrir lo que Ney y Murat descubrían desde el punto en que se hallaban claramente, y se inclinaba á creer que en esta jornada, como en la de Eylau, habría que maniobrar poco y que cañonear mucho, y por tanto, que con la artillería se llegaría á aniquilar al ejército ruso. De cuanto se le pedía, no concedió más que la división de Friant, única reserva que le quedaba sin contar la guardia. Si en vez de confiar dos de las divisiones de Davout al príncipe Eugenio, poco capaz de servirse de ellas, y que, de tres que tenía á la derecha del Kolocza, dejaba ociosas dos en un barranco, le hubiese dado una menos y enviase las divisiones de Gudin y de Friant á Semenoffskoie, quizás con ellas Murat y Ney lo hubiesen decidido todo. Sea como quiera, Belliard volvió cerca de Murat, encontró á la división de Friant en marcha hacia Semenoffskoie, y produjo con lo que dijo más de un movimiento de impaciencia, más de una especie harto significativa por parte de los dos héroes de esta sangrienta é inmortal jornada.

Durante estas peripecias, Kutusoff, que se hallaba á la mesa algo detrás del campo de batalla, mientras Barclay y Bagration se exponían á un vivísimo fuego, también estaba asediado por las más apremiantes instancias para que cerrase con sus reservas los agujeros formados en la línea. Tras de las reiteradas solicitudes de Barclay de Tolly y de Bagration, y por consejo del coronel Toll, destacó de la vanguardia, que estaba en Psarewo, los regimientos de Lituania y de Ismailow, los coraceros de Astrakán, los de la Emperatriz y del Emperador, y además una fuerte reserva de artillería, y enviólos á Semenoffskoie. Decidido estaba igualmente á retirar de la extrema derecha el cuerpo de Bagowouth, y encaminó las dos divisiones de que se componía, una, la del príncipe Engenio de Wurtemberg, hacia Semenoffskoie, otra, la de Olsoufief, hacia Outitza, á fin de ayudar al general Touczkoff á resistir al príncipe Poniatowski. Finalmente, estrechado por Platow y Ouderoff, que se hallaban á la extrema derecha del ejército ruso, apostados sobre las alturas protegidas por el Kolocza, y veían desguarnecida nuestra izquierda, y se impacientaban por aprovecharse de esta circunstancia, permitiéoles pasar el Kolocza con la caballería y hacer una diversión, cuyo efecto podía ser grande por lo imprevisto. Estas providencias arrancadas á la sagacidad indolente del generalísimo ruso, eran por desgracia las más convenientes en aquella coyuntura, si no para alcanzar el triunfo, al menos para impedir que lo alcanzáramos nosotros.

Entretanto los generales, encargados del mando sobre el terreno, hacían por ambas partes prodigios de valor y de inteligencia. Barclay de Tolly y Bagration habían determinado reconquistar el grande reducto y las tres

flechas á toda costa. Con este fin previno el primero al príncipe Eugenio de Wurtemberg, cuya división estaba destinada al centro, que se dirigiera inmediatamente á Semenoffskoie para cerrar el agujero. Al propio tiempo, su jefe de estado mayor Yermoloff y el joven Kutaisoff, comandante de su artillería, acudieron presurosos á rehacer el cuerpo de Raeffskoi puesto en derrota, y tomando á Doctoroff apostaron en las inmediaciones la división de Likatcheff, marchando sobre el gran reducto, conquistado por la división de Morand. Por desgracia ésta acababa de perder á su jefe de una herida grave. Establecido el 3.º de línea en el reducto, se encontraba allí privado del apoyo de los otros dos regimientos dejados á izquierda y derecha y muy á la espalda. Al par la división de Gudin estaba á la derecha en un barranco, la división de Broussier á la izquierda á orillas del Kolocza, ambas inactivas por culpa del príncipe Eugenio, valeroso como el que más, pero sin la experiencia y sin la ardiente actividad que se requieren para estos momentos decisivos. A vista de esto, Yermoloff y Kutaisoff, marchando á la cabeza del regimiento de Ouja y de la infantería de Raeffskoi ya rehecha, se lanzaron sobre el 3.º, que establecido sobre el respaldo del gran reducto, conquista suya, nada tenía para cubrirse. Este bravo regimiento, á las órdenes del general Bonamy, se mantiene firme al principio. Agobiado de metralla, á la cual no pudo responder por falta de artillería, se ve obligado á ceder al número, cuando Yermoloff y Kutaisoff se le echan encima á la bayoneta. El intrépido Bonamy permanece en el reducto al frente de algunas compañías y cae atravesado por muchos bayonetazos. Imaginando los rusos que es el rey Murat prorrumpen en gritos de alborozo y le perdonan la vida para que les sirva de trofeo. En el mismo instante lanzan á derecha é izquierda el 2.º cuerpo de caballería del general Korff, el 3.º del barón de Kreutz, y fuerzan á retroceder á los otros dos regimientos de Morand, situados á ambos lados del gran reducto. Esta valiente infantería se halla á punto de ser rechazada á la falda del montecillo, cuando llega al cabo al frente de la división de Gudin el príncipe Eugenio, mandada por el general Gerard desde el combate de Valoutina. El 7.º de ligeros toma posición á la izquierda del reducto, y el resto de la división á la derecha. Llegando aquel regimiento á la hora en que la caballería rusa se arroja sobre los restos de la división de Morand, forma en cuadro, recibe á los jinetes enemigos con un fuego á quemarropa y les obliga á retroceder camino. A la derecha el general Gerard, con los otros regimientos de su división, rehace las tropas de Morand y ataja los progresos de los rusos, que no pueden desalojarnos de la meseta y se ven reducidos á contentarse con la recuperación del gran reducto.

Caro costó este triunfo á los contrarios, pues cayeron el general Yermoloff gravemente herido y el joven Kutaisoff muerto, lo cual era una pérdida sensible para los rusos. Acudiendo á la sazón Barclay con el príncipe Eugenio de Wurtemberg y hallando recuperado el reducto, situó al príncipe entre este punto y la aldea de Semenoffskoie para llenar el hueco dejado por las divisiones de Paskewitch y de Kolioubakín, que componían el cuerpo de Raeffskoi, casi destruído del todo. Hacía este punto era entonces el fuego espantoso, porque Mu-

rat, con toda la artillería de las divisiones de Ney, con la artillería montada de la guardia, llenaba de proyectiles aquel espacio abierto un momento por el sable de los coraceros de Latour-Maubourg y al cual hubiera querido precipitarse con todas las reservas de las tropas francesas. Habiendo cerrado Barclay el agujero con la infantería del príncipe Eugenio de Wurtemberg, se mantenía allí inmóvil, bajo un fuego cual no se recordaba haber visto en veinte años de guerra, y mientras sus oficiales caían en torno suyo, experimentaba una especie de placer en rechazar tan noblemente las indignas calumnias de sus ingratos compatriotas.

Por su parte Bagration, habiendo recibido la división de Konownitsin, perteneciente al cuerpo de Touczkoff, y además los regimientos de infantería y de caballería de la guardia, había jurado morir ó recuperar también las tres flechas, situadas á su izquierda y á nuestra derecha. Por un lado hizo avanzar á Konownitsin, por otro los granaderos de Mecklemburgo, y á la caballería de Siewers y á los coraceros de Douka juntó los tres regimientos de coraceros de la guardia. Pero tenía que habérselas con Murat y Ney, que contaban á su izquierda con Latour-Maubourg y Friant, hacia el centro con las divisiones de Razout, Ledrú y Marchand, y finalmente á la derecha con las divisiones de Compán y Dessaix, con los coraceros de Nansouty y la infantería westfaliana. Además puso Murat en línea la caballería de Montbrún, porque, según hemos dicho, pasadas las alturas se dilataba un terreno bastante unido y algo inclinado hacia los rusos. En breve se hizo terrible el combate por este punto, y nada en la memoria de nuestras gentes de guerra se parecía á lo que pasaba ante sus ojos. Metiéndose la división de Friant en el barranco de Semenoffskoie, lo transpuso y sin tomar las ruinas de la aldea se desplegó á derecha é izquierda bajo un fuego espantoso de fusilería y de artillería. Viendo caer el valiente Friant á su joven hijo á su lado, hizo que se lo llevaran y continuó manteniéndose en medio de sus tropas, cuyo despliegue dirigía. Todos los refuerzos de los rusos no alcanzaron á que se moviera ni á que abandonara la posición de Semenoffskoie. En el mismo instante los granaderos de Mecklemburgo y la infantería de Konownitsin atacaban á la bayoneta á las tropas de Ney para procurar despojarlas de las tres flechas, y alternativamente victoriosas ó vencidas estas tropas, disputaban el terreno con un encarnizamiento extremado. Uno de los Touczkoff cayó combatiendo á la cabeza del regimiento de Reval: era hermano del que había quedado prisionero en Valoutina y del que defendía á la sazón á Outitza contra Poniatowski.

Queriendo ya Murat y Ney terminar la batalla por este punto, se deciden á ordenar un vasto movimiento de caballería. A la derecha los coraceros de Saint-Germain y de Valencia, á las órdenes de Nansouty, se lanzan al galope; á la izquierda los de los generales Vathier y DeFrance se arrojan del propio modo: se estremece la tierra bajo los pasos de estos jinetes poderosos. Parte de la caballería rusa queda rota: la otra parte, compuesta de los regimientos de Lituania y de Ismailow, resiste y sostiene el choque. Mézclanse unos con otros: se adelantan hasta nuestras líneas los coraceros rusos y se les rechaza, sin que lleguen á romper ni uno solo de nuestros cuadros. Se hace mortífera la refriega, y las vícti-